

En Rogelio Naranjo no toda su obra es política, pero la política es una parte sustantiva de su obra. Y la naturaleza de la política en el trabajo del artista, es precisamente la propia del testigo crítico, del inconforme con sobra de causa y que se ha propuesto dedicar su talento a subrayar lo injusto, deshonesto, hipócrita e ilegal de la vida pública mexicana.

El país de Naranjo, México, es un país pobre y en buena medida esa característica tiene su razón de ser en la miseria de espíritu y en la pequeñez de miras del grueso de su clase política. Sin embargo, hay áreas donde México es políticamente rico, y una de ellas es precisamente su caricatura. Esa riqueza está en la calidad de esos dibujos acompañados a veces de unas cuantas palabras donde la prensa de combate presente, desde el siglo XIX, editoriales instantáneas. Gracias a la combinación de capacidad artística, conocimiento de la realidad mexicana e internacional—de la política, pero también de la económica, social, cultural e histórica—sensibilidad, sentido común y sentido de la justicia, los mejores caricaturistas mexicanos—y Naranjo es uno de ellos—se han esforzado por presentar a su público tesis complejas pero resumidas en un dibujo que permite a quien lo ve, comprender y aquilatar la esencia de un problema en, literalmente, un abrir y cerrar de ojos.

La caricatura política se ha puesto al servicio de prácticamente cualquier causa, entre otras, de los poderosos y dominantes sin necesariamente perder calidad e inteligencia pero, eso sí, en este último caso a costa de abdicar de su elemento ético. En nuestro país, el grueso de las mejores caricaturas han sido producido de quienes, como Naranjo, han instalado y ejercido su capacidad artística, inteligencia, sentido del humor y de la ironía, desde la margen izquierda de la historia, esa ocupada por quienes decidieron tomar partido por las causas de los que menos capacidad y menos voz tienen para defender sus intereses legítimos, por los explotados, por los humillados, por las víctimas de la arbitrariedad, la injusticia y la corrupción. Y en el plano internacional ocurre lo mismo; la caricatura de temas imperiales abunda en los países centrales, pero en México y desde el siglo XIX, la mejor caricatura es la antimperialista y, de nuevo, Naranjo es prueba de ello.

Rogelio Naranjo es uno de los caricaturistas más conocidos, profundos y de mayor consistencia moral y política de la segunda mitad del siglo XX mexicano y de lo que va del actual. No todo caricaturista es un dibujante notable, pero en el caso de Naranjo se consiguen la calidad del buen artista con el agudo e inteligente observador político de la realidad de su país y de su entorno internacional y con el implacable crítico de las acciones de los poderosos deshonestos.

En la selección de dibujos que se presentan en este libro, los temas del poder son varios pero invariablemente la política aparece como lucha, casi nunca como cooperación y prácticamente siempre como discordancia. En una sociedad tan desigual como la nuestra, la contradicción básica en la arena de lo público se da entre los que mandan y los que casi no tienen otra alternativa que obedecer, aunque nunca por convicción y sí porque no tienen alternativa. La naturaleza íntima de esta relación esta dramáticamente expresada por ese personaje que una y otra vez aparece en los cartones de Naranjo como la encarnación del campesino o del proletario urbano y los efectos de su opresión y desesperanza los resalta el dibujante: un rostro cada vez más pequeño—el propio de un muerto en vida—producto del hambre y cuya pobreza se acentúa con un vestuario mínimo y andrajoso y con una estatura pequeña, todo ello es la suma de una explotación extrema. Cuando ese personaje reducido a una situación casi infrahumana no está en compañía de otro de sus mismos condiciones y comentando alguna de las causas políticas de su infortunio común—una lluvia no de agua sino de un bla, bla, bla demagógico, sobre un campo estéril, por ejemplo—está al lado o frente a la encarnación del otro México: el minoritario, el bien vestido, bien comido, de mayor estatura—reflejo de su poder—y cuyo breve discurso al perdedor siempre se reduce a una frase tan deshonesto como absurda y de la que ambas partes están conscientes de la impudicia y del despropósito del abusivo. A veces el objeto del abuso responde—se defiende—con el uso de la ironía, pero igual se comporta simplemente como un mudo testigo de la desverguenza. Si alguien negara la realidad de esta relación tan desigual y tan brutal, es que o no conoce la relación de poder en México o es un mendaz.